

MUERTE EN LA MONTAÑA

Desde 1960 a 1970 se produjeron 1.834 accidentes de montañismo en España. Los datos de los últimos años son: cuatrocientos veintinueve en 1969, cuatrocientos noventa y nueve en 1970 y casi seiscientos en 1971. En los últimos diez años se produjeron 54 fallecimientos, de ellos once el pasado año. Los datos los ha facilitado don Angel García Fernández, presidente de la Mutualidad General Deportiva, con ocasión del último accidente, en el que perecieron los montañeros Antonio Mairal y Félix Ruiz.

Rescatados los dos alpinistas de su tumba helada, inmediatamente las voces oficiales y practicantes del montañismo español se expresaron en los siguientes términos: el montañismo no es un deporte más peligroso que los demás; los dos accidentados no cometieron ninguna imprudencia; no se puede prohibir la escalada del Naranjo en invierno como no se prohíbe la circulación rodada a pesar de los accidentes de fin de semana, etcétera, etcétera.

Pero en cambio nadie se manifestó sobre el costo de una operación de rescate: si es pagado o no por el bolsillo del contribuyente, por las familias, por la Federación o por la Mutualidad Deportiva. Pocos, muy pocos, hablaron sobre la presencia en el grupo de montañeros de un muchacho de quince años —Fernando Villa—, y sobre si podía o no realizar autorizada la escalada proyectada del Naranjo por su cara Oeste en invierno. Ni se aclaró tampoco si los cinco deportistas tenían su carnet oficial de montañeros.

Algunos casos recientes

Todo ello nos lleva a recordar ciertos casos muy recientes. Como el de Carlos Reig, de diecisiete años, muerto el 8 de febrero del año 1971, cuando escalaba en solitario la «pared negra» de Peñalara. Quedó colgado y asfixiado por su propia cuerda, a la que había hecho un nudo corredizo. Se dijo entonces que pertenecía al Club Galayos, pero el presidente, señor Solana Gijón, declaró: «Todavía no se encontraba en posesión del carnet. Era aspirante, con instancia presentada en julio de 1970. El período de aspirante es de seis meses, durante el que se realizan marchas y travesías, y si son aptos, se les da el carnet». Porque el señor Solana Gijón dijo también entonces que «de acuerdo con las normas federativas, no permitimos la escalada a menores de dieciocho años, y cuando nos enteramos que las hacen, les sancionamos y avisamos a las familias.» (¿en qué situación se encuentra el muchacho Fernando Villa, de quince años?).

A últimos de abril de 1972 se celebraba el III Rallye Picos de Europa. Miguel Angel Buzunariz, de dieciséis años, resbaló en la nieve y desapareció por un precipicio. Murió. Se supo después que no llevaba puestos los crampones y que no portaba su piolet. ¿Por qué?

El cabo primero de la Escuela Militar de Montaña de Candanchú, Ignacio Boix, se precipitó en un barranco de 150 metros, cuando en la madrugada del día 11 de diciembre pasado participaba en la búsqueda de cinco montañeros extraviados en el Pirineo, zona del Tobazo.

¿No habrá llegado ya el momento de regular de una vez el ejercicio de la escalada? En Francia, a raíz del incidente Desmaison, que costó al Consejo Municipal de Chamonix más de 100.000 francos, se plantearon en la prensa estos interrogantes: «¿Llegará a convertirse el alpinismo en un deporte de ricos o tendrá que pagar siempre la colectividad, en caso de percance? ¿Cómo distinguir a quienes hacen alpinismo por amor a la montaña de quienes lo practican imprudentemente y de los que buscan, ante todo, un hueco en las primeras páginas de los periódicos?». La polémica se agudizó a finales del verano de 1971, cuando al hacer balance, se supo que en dos meses habían muerto 54 montañeros en el macizo del Mont-Blanc.

Una Oficina de Información Montañera

¿No podría considerarse la oportunidad de establecer en poblaciones cercanas a los «puntos negros» del montañismo español la Oficina de Información Montañera, que el guía Gerard Devouassoud proponía a la ciudad de Chamonix? Devouassoud era entonces vicepresidente de la Compañía de Guías y de la Sociedad de Socorros en Montaña. Su propuesta se expuso en una reunión del consejo de ediles de la ciudad donde se alberga la «estación reina del alpinismo». Proponía el guía, limitándose al macizo del Mont-Blanc, el establecimiento de un centro de acogida e información para alpinistas, al cargo de una autoridad competente y respetada en el mundo de los montañeros. Los alpinistas encontrarían en el Centro de Información Meteorológica documentos y mapas en relieve sobre los distintos itinerarios, consejos de especialistas sobre los peligros de algunas rutas y equipo mínimo para afrontarlas, condiciones en que se hallaran los caminos y metas elegidos, encuentros entre alpinistas solitarios para formar cordadas, etcétera. En compensación a tales prestaciones de servicios gratuitos, los alpinistas llenarían una ficha con su



En 1972 murieron en España once montañeros, y en los diez últimos años ocurrieron 1.834 accidentes de montaña.

fillación, día y hora de salida, itinerario previsto, día y hora previstos para el regreso, momento en el que nuevamente deberían firmar la ficha. Por su parte, la Sociedad de Socorros en Montaña podría conceder una especie de seguro de ayuda.

Por otra parte, el prefecto de la Alta Saboya, Henri Coury, después de comprobar que bastantes montañeros abusaban del recurso al helicóptero para ser rescatados, cuando simplemente se encontraban fatigados, pidió que se castigara a quienes así obraban con una multa que se añadiría a la factura por gastos de utilización de helicóptero. En la actualidad, los montañeros «socorridos» pagan los siguientes gastos por su salvamento: Una prima de seguro en favor de las familias de los salvados, en caso de accidente de alguno de ellos (160 francos, en caso de rescate por tierra, y 280 si hay despegue de helicóptero); gastos diversos del equipo de rescate (teléfono, víveres, etcétera); honorarios de los guías empleados; valor del material perdido en la operación. El prefecto Coury pedía que en el caso de montañeros «abusivos», se elevara la cuota a 1.000 y 1.800 francos, según el método de rescate.

Y nada menos que un montañero en activo, el diputado parisino Mazeaud, ha preparado un proyecto de ley que está en la Secretaría de la Asamblea Nacional Francesa, por el que se trata de instituir un seguro obligatorio para todos los alpinistas. La compañía aseguradora cargaría con todos los gastos que un posible rescate pudiera ocasionar, y no sólo hasta el montante de 2.000 francos, como ocurre actualmente para el seguro que cubre a los socios del Club Alpino Francés.

La severa reglamentación rusa

Los montañeros occidentales se encrespan cuando oyen hablar de

estos temas, y piensan que lo que se pretende es implantar aquí el control policiaco que se ejerce sobre el montañismo en los países del Este. Lo ha dicho Pérez de Tudela, a su regreso de Espinosa: «Nada de prohibir la escalada del Naranjo en esta época. Convertiríamos nuestro deporte en el montañismo soviético, donde sólo se pueden hacer ciertas escaladas después de haber obtenido permiso, según la pericia que se le supone a cada uno. Jurídicamente es imposible prohibirlo, quien prohíbe es la montaña». Y sin embargo, el mismo Pérez de Tudela ha pedido en tres entrevistas distintas «que se organice un Servicio Oficial de Rescate de Montaña no sólo por los montañeros, sino por los accidentes de avión, pueblos bloqueados y mil causas más».

¿Cómo se desarrolla el alpinismo ruso, que tanto pavor causa, cuando de lo que se trata es de poner coto al exceso de accidentes? En la Unión Soviética, el alpinismo no es libre, sino reglamentado. Los practicantes, sea cual sea su nacionalidad, deben pasar unas pruebas técnicas y físicas antes de conseguir la autorización para seguir unas rutas determinadas. Pero una vez con la autorización conseguida, los escaladores son reunidos en campos especializados, en los que con la asesoría de unos expertos determinan los itinerarios que se les permitirá atacar, según las cualidades respectivas. En caso de accidente ocurrido a una cordada que no haya cumplido el plan preestablecido, todos los rescatados, una vez restablecidos, serán juzgados y sentenciados. De este modo, se ha conseguido que los accidentes sean prácticamente desconocidos, si bien el alpinismo soviético no tiene apenas consideración en el mundo. Pero entre nuestro descontrol total y el férreo marcaje ruso debe existir algún término medio. Todo antes de que se supere la marca de once montañeros muertos en 1972. ■ FERMIN CEBOLLA